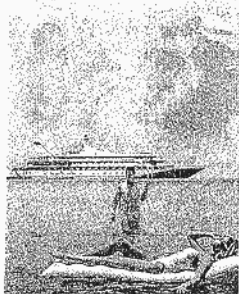


<http://babelia.elpais.es>**ARTE**

El turismo es uno de los fenómenos más extendidos y complejos de nuestra sociedad, y por eso sorprende la poca atención que se le ha dedicado en los campos del arte y otras áreas de la cultura. En 2004, una exposición reunirá en la Fundación Tàpies de Barcelona obras que se acercan al turismo desde distintas perspectivas.

10



Obra de Rogelio López Cuenca.

LOS LIBROS DE LA SEMANA

Se reeditan *El castillo de arena* y *La campana*, de Iris Murdoch, una escritora, hasta ahora, casi inencontrable.



4

ARTE

María Jesús Abad, directora del Museo Patio Herreriano de Valladolid, recorre el centro para la serie *El director en su museo*.



12

NARRATIVA Los tres libros de relatos de Mercè Rodoreda se reúnen en un solo volumen: *Cuentos completos*. 5

ENSAYO El último premio Anagrama critica el deterioro del Estado del bienestar en España. 8

TEATRO Mario Gas estrena en Peralada *Cabaré literario*, con canciones de Schönberg y de nueve escritores catalanes. 14

Almudena Grandes es autora de novelas como *Los aires difíciles* y *Atlas de geografía humana*, editadas por Tusquets.

SANTI BURGOS

AVALANCHA DE 'BEST SELLERS'

Las lecturas de Almudena Grandes

El verano es el tiempo idóneo para el *best seller*. Una lectura de evasión que entretiene sin complicaciones. Es una clasificación que engloba muchos géneros, con la condición de que se vendan. La novelista analiza este fenómeno, como lectora y como autora de éxito.

Páginas 2 y 3

EL DIRECTOR EN SU MUSEO

Juicio

EN LA *Crítica del juicio*, Kant no sólo distingue, sino que contrapone los papeles que han de jugar en arte el "genio", trasunto de la creación, y el "gusto", lo que hace viable su asimilación social. Así, por un lado, los artistas, y, por otro, la comunidad de receptores. Al interrogarse sobre cuál de estos dos elementos tiene una función comparativamente más relevante, si la creación o su disfrute, para el que se necesita poseer gusto, Kant no duda en inclinarse por lo último, ya que sin receptores adecuados, no sólo no habría arte, sino que, al estar privados de nuestros juicios de gusto, no podríamos superar los límites del egoísmo subjetivo, que hace desvariar a la imaginación creadora y arrebatada el sentido común —la intersubjetividad— a la comunidad, incapaz de comunicarse.

Durante el revolucionario siglo XVIII, en el que vivió y pensó Kant, proliferó el ideal ilustrado de la emancipación humana, entre cuyas consecuencias estéticas estuvo la de la democratización del arte, confirmando el sentido y el destino comunitario de éste, que se hizo público. Lo que, desde entonces, llamamos "público" no es sino el consumo anónimo, el mercado, la última y definitiva instancia que sentencia cuál es el gusto de la comunidad y, por tanto, lo que ha de gustar.

En este sentido, es indiferente que el gusto público haya sido, durante un tiempo, conservador, frustrando las veleidades innovadoras de los genios artísticos, o, como ocurre desde hace medio siglo, se haya hecho im-

Francisco Calvo Serraller



placablemente moderno, castigando a los creadores que no se acomodan a los dictados de la cambiante moda; en cualquier caso, como previó Kant antes que los grandes almacenes, el público siempre tiene la razón. Por lo demás, que el crecimiento del mercado aumentara el "interés" público del arte, con su correspondiente explotación industrial, comercial y mediática, no hace sino subrayar el arrinconamiento del creador no adaptado al genio colectivo.

Ahora bien, ¿hasta qué punto puede identificarse la comunidad con el público y la obra de arte puede hacerlo con una simple mercancía espectacular? De ser así, como parece, ésta perdería, desde luego, su aura singular, y aquélla, su juicio imprevisible, siendo ambas rentables promociones sin criterio, fruto del genio comercial.

En el apéndice adjuntado al que fue su último libro, inacabado y publicado póstumamente, *La vida del espíritu* (Paidós), Hannah Arendt analiza a fondo el concepto de juicio en Kant, y cree hallar en él una contradicción: "El progreso infinito es la ley de la especie humana y, al mismo tiempo, la dignidad del hombre exige que él (cada uno de nosotros) sea visto en su particularidad (...). La misma idea del progreso —si designa algo más que un cambio de circunstancias y una mejora del mundo— contradice la noción kantiana de la dignidad del hombre". Por eso, se me ocurre que, al regirse el arte de nuestra época por la ley de progreso, quizá se le arrebatase su dignidad.

La directora del Museo Patio Herreriano de Valladolid, recientemente inaugurado, repasa una colección compuesta por 280 obras que recoge el arte español desde 1918.

María Jesús Abad

"Los museos banalizan el arte contemporáneo"

ANGELA MOLINA

Del taller de los López, Antonio y Julio, ha salido una estatua del Rey y la Reina que amenaza con convertirse en emblema hiperbólico de la admiración que Valladolid siente hacia la familia real. En el claustro del antiguo monasterio de San Benito, actual sede de la colección de Arte Contemporáneo Español, esta "no-escultura" aparece como un fragmento añadido del que muy poca gente quiere hablar si no es para hacer notar la poca idoneidad de su enclave. Como todo en la vida, la obra de los López constituye una metáfora general del arte, donde todo parece sugerir todo. Dicen las buenas y malas lenguas que alguien aconsejó a María Jesús Abad, directora del museo, que colocase frente a este milagro de interioridad "real" un monitor de televisión, para que produjese un efecto parecido al de una instalación de Nam June Paik; o que multiplicase la poca augusta estatua por cientos y que éstas acabaran como pisapapeles, a la manera de los *gadgets* que se ven en las tiendas de los museos. María Jesús Abad (Zaragoza, 1959) sonríe con atinada distancia; le parece que todas esas invenciones sin malicia le niegan una perspectiva clara al espectador que visita el Patio Herreriano. Al final, uno se queda con que la imagen en bronce de los Reyes, contemplada en este contexto, puede resultar un placer escandaloso para el visitante propenso a la desmesura, una característica, por otra parte, extraña en esta tierra castellana.

El nuevo Museo de Arte Contemporáneo Español de Valladolid, inaugurado el pasado mes de abril, se creó a partir de la colaboración entre el Ayuntamiento de la ciudad y la Asociación Arte Contemporáneo, una institución privada formada por 23 empresas que desde 1987 ha ido sumando a su colección hasta 850 obras bajo la supervisión de Valeriano Bozal, Simón Marchán, Antonio Bonet Correa y Julián Gállego. Su claustro (XVI), con evidentes influencias del más puro renacimiento italiano, obra de Juan de Ribero —discípulo de Juan de

Herrera—, es la sede actual del museo, que consta de 11 salas de exposición. La colección recorre la historia del arte español, desde 1918 hasta la actualidad. Uno de los fondos más importantes es el que lleva el nombre de Angel Ferrant (34 esculturas, 400 dibujos y un amplio fondo documental); Cristófol, Guerrero, Millares, Oteiza, Schlosser, Sempere, Tàpies, Esteban Vicente, Brossa, Genovés, Wifredo Lam, Gordillo, Cuixart, Canogar, Cristina Iglesias y Jordi Colomer son algunos de los nombres que componen la colección permanente.

"El arte contemporáneo ha abandonado la actividad más confortable de la representación, ha intentado construir su propia realidad, lo que implica en muchos casos un deseo de transformarla", explica Abad. "En los últimos cuarenta años, muchas de las creaciones artísticas son herméticas, descarradas e hirientes, y en la actualidad muy pocas formas e ideas de las muchas creadas a lo largo del siglo pasado se han entendido o disfrutado. El museo es uno de los lugares donde se produce y aliena este encuentro entre el público y la obra, donde el visitante se interroga, recibe claves, reflexiona sobre la realidad creada por los artistas y llega hacia donde no querían llegar. Pero desgraciadamente esto no es siempre así. Los museos están fallando, banalizan el arte contemporáneo. La educación y la investigación, que son los dos temas nucleares de un museo, no existen, se han desatendido. Todo lo demás es cosmético".

La rehabilitación del Patio Herreriano ha supuesto la recuperación de uno de los rincones más emblemáticos del casco histórico de Valladolid. "El museo debe procurar un espacio adecuado para que el público tenga acceso al hecho artístico. El silencio, tan poco habitual en nuestros días, es muy importante, el silencio entendido también como austeridad visual y de concepto. En ese sentido, el Patio Herreriano se muestra como un escenario decisivo para crear una atmósfera apropiada".

La colección que conserva el Patio Herreriano está expuesta de forma cro-

nológica: 280 obras que van desde el arte nuevo —noucentismo, cubismo y surrealismo— hasta los dibujos en el espacio de González, Miró, Ferrant, Crisófol y Alberto Sánchez, el mundo mágico de Dau al Set, el Equipo 57, el informalismo y su poética del gesto, El Paso, la abstracción de la Escuela de Cuenca, los Ràfols-Casamada y Mompó, las nuevas figuraciones, la vuelta a la pintura de Campano y Navarro Baldeweg, el neoespressionismo de Sicilia y Barceló, el *collage* y, finalmente, la superficie fotográfica digitalizada (Urzay). En medio de toda la diacronía artística, Abad reconoce que todavía hay vacíos, "faltan por comprar obras anteriores a la guerra, aunque la sección que corresponde a nuestra posguerra es radical y absolutamente original; también del conceptual catalán. De los ochenta y los noventa, tenemos más lagunas que presencias".

Abad entiende que los museos de nueva creación, "que surgen como champiñones", tienen "una importante responsabilidad para extender la base social que se acerca al museo con una curiosidad despertada en los medios. Queremos incidir especialmente en líneas de actuación que favorezcan una proximidad de calidad a la obra, para que se pueda profundizar a través de nuestra colección y nuestras exposiciones temporales en la génesis y las raíces de un nuevo modo de hacer arte. Me gusta la idea de un museo ilustrado, al estilo del siglo XVIII. Y para conseguirlo, la clave está en atesorar, estudiar, defender y difundir. En España hay unos museos que te mueres, el Prado, el Reina, el MNAC en Cataluña..., pero no se hace esa labor académica, o si la hacen es de forma tangencial".

Abad afirma que el arte contemporáneo no es su objetivo principal. "Eso lo entiendo más en una factoría tipo Arteleku; además, la conservación de las obras contemporáneas es muy compleja. Yo no soy una intelectual, mi perfil es el de gestora. Además, nuestro trabajo es de consenso. Y si alguien piensa que este museo es ecléctico, pues yo le diría que sí, a pesar de que es un término que, según cómo, puede ser negativo. Me gusta llevar la contraria".

"La colección no tiene obras con un formato de nuevas tecnologías. A mí me gusta decir con cierta sorna que uno de los cuatro *semperes* que tenemos (*Relieve luminoso móvil*, 1959) es nuestra nueva tecnología". Aunque Abad reconoce que no tiene "las manos libres. Hay algunos temas que rechinan, por ejemplo, el por qué no están colgados los artistas de Valladolid. Tendré que convivir con este problema. Hoy nos creemos que los museos están para apoyar el arte y para que los artistas tengan su casa. Y a mí me parece que no, un museo está para atesorar, para guardar la mejor colección de la geografía, en este caso, la española. Quienes pagan el museo son la gente de la región, no los artistas".



María Jesús Abad posa frente a 'Mujer de circo' (1953), obra de Angel Ferrant.

AGUSTIN CACHO